

las áreas de habitación de los animales (Anderson, 1999, 472). Los múltiples ejemplos de la eficiencia de la propiedad privada en la moderación del consumo privado son encantadores y cándidos. Medir el consumo personal y cobrar según lo consumido es lo mejor. Cuantas claras y el chocolate espeso, como dicen en Colombia. Lo que pasa es que medir el consumo personal no siempre es barato. En las casas donde los padres viven con sus hijos, no es común tener las neveras separadas, aunque esto sería lo ideal para cuantificar el consumo y calcular el aporte que cada uno tiene que hacer a la economía familiar. Los esposos tampoco cuantifican el consumo de cada uno. ¿Será que a Bethell hay que inscribirlo en los cursos prematrimoniales?

La propiedad privada no siempre es eficiente. A veces es tan ineficiente que al Estado le toca intervenir estableciendo tarifas máximas, tasas de interés permitidas, normas ambientales y una gama de otras reglas. En su noble afán del caballero andante, Bethell también ataca la regulación. Y sin ninguna razón. La lectura del famoso artículo de Akerlof (1970) pone los puntos sobre las «ies». ¿Por qué en algunos mercados es necesaria la regulación? Porque la información es asimétrica entre los compradores y vendedores. Simplemente hay desconfianza. ¿Saben qué pasa cuando los compradores desconfían de los vendedores? No les compran. El Estado no simplemente oprime la propiedad privada; la regula y hace posibles las transacciones en ambientes complejos. Bethell plantea pero no elabora el tema de la distribución de la propiedad. Este vacío es lamentable porque la única manera de garantizar los derechos de propiedad es darles la legitimidad. La propiedad es legítima cuando la sociedad aprueba su distribución. Los conflictos

distributivos en América Latina indican que la legitimidad de la propiedad es baja. Por lo cual garantizar los derechos de propiedad no es fácil. Como decía Eduardo Frei, los que se oponen a las reformas democráticas, mañana van a sufrir de la violencia y del desorden (Bethell, 1998, 209).

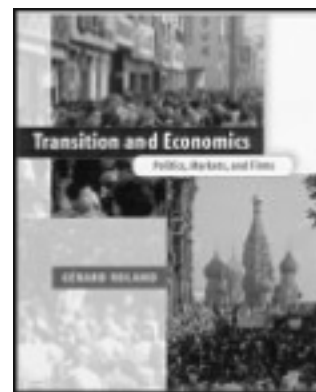
Bethell se preocupa en vano. Nadie ataca la propiedad privada. Jeremy Bentham tiene la razón. La ley que protege la propiedad privada es el triunfo más noble de la humanidad sobre sí misma (Bethell, 1998, 100). Pero desde Bentham la economía ha avanzado en la comprensión del proceso del intercambio. Ha quedado claro que la ideología es una mala asesora, que las recetas simples y universales rara vez dan resultados buenos, que la propiedad juega un papel social y su distribución no es indiferente para el crecimiento. Con toda su debilidad teórica, el libro de Bethell es interesante solamente por haber provocado esta polémica y por haber llamado la atención del amplio público sobre el tema de los derechos de propiedad, central para el crecimiento en América Latina.

Bibliografía

- Akerlof, G. (1970). The Market for "Lemons": Quality Uncertainty and the Market Mechanism, *The Quarterly Journal of Economics*, Aug., vol. 84, No. 3, 1970, pp. 488-500.
- Anderson, T. (1999). The nobles triumph, *Cato Journal* vol. 18 (3), pp. 471-473.
- Coase, R. (1994). *La empresa, el mercado y la ley*. Madrid: Alianza.
- Rodrik, D. (2000). Institutions for high quality growth: what they are and how to acquire them, *Studies in Comparative International Development*. Fall 2000, vol. 35 (3), pp. 3-31.
- Schumpeter, J. (1974). *Capitalism, socialism and democracy*. London: Unwin University Books.

Yuri Gorbaneff

Departamento de Administración
Pontificia Universidad Javeriana
E-mail: yurigor@javeriana.edu.co



Transition and Economics: Politics, Markets, and Firms (Comparative Institutional Analysis)

Modelos formales de transición

Gerard Roland, Cambridge, Mass., The MIT Press, 2000.

La transición de la economía planificada a la de mercado por parte de los países de Europa Oriental, Rusia y las repúblicas de la ex Unión Soviética (a los que se podría para la brevedad denominar Eurasia) ha despertado un interés práctico y teórico. Práctico porque se trata del destino político y económico de gran parte de nuestro planeta. Teórico porque la reforma no ha transcurrido según la teoría económica clásica. Las reformas en Europa Oriental y Eurasia se han inspirado en la respetable idea de la superioridad del mercado, pero los resultados han sido heterogéneos y poco convincentes. No ha sido suficiente la estabilización macro, la liberación de los precios ni la privatización. Algo falta para que las nuevas economías de mercado empiecen a funcionar. La polémica desatada ha demostrado las limitaciones del enfoque clásico y ha ampliado el interés hacia la teoría económica institucionalista. El libro de Roland

refleja este estado de ánimo en la profesión.

La primera parte del libro presenta una serie de modelos matemáticos cuyo objetivo consiste en establecer los determinantes del diseño apropiado de los paquetes de reformas. Roland demuestra que para tener éxito, los gobiernos reformistas se ven obligados a compensar a los que van a perder como consecuencia de las reformas. Esto es necesario para ganarlos o por lo menos neutralizarlos. Se formulan las condiciones en las cuales es más apropiada la terapia de choque o una reforma gradual. La discusión de estos temas desilusiona un poco porque el autor, de entrada, hace el supuesto surrealista de que los gobernantes que han liderado las reformas en Europa Oriental han sido unos tecnócratas honestos preocupados por el bienestar general. Braguinsky y Yavlinsky (2000) nos recuerdan que la situación real era algo distinta. Además, el tema de la oportunidad de la terapia de choque era interesante hace diez años.

Otro punto que llama la atención en la primera parte del libro es la comparación de la experiencia de China con la europea. El autor presenta la experiencia china como exitosa y tiene toda la razón. Pero de aquí a recomendar el camino chino a Europa Oriental y a Eurasia hay una distancia enorme, como dice el general Skalozub en la clásica comedia de Goncharoff. Cuando China emprendió la reforma en 1970-80 se encontraba en unos niveles del desarrollo de su aparato productivo comparables con la Rusia de 1920. Cuando Rusia emprendió la reforma en 1980-90, era un país industrializado, con una economía integrada y sofisticada, predominantemente urbano y políticamente maduro para la democracia. (Mau-

Phelps, 1992, 277). En la Rusia de 1990 difícilmente cabían las recetas gradualistas y la experimentación regional estilo chino. Los modelos propuestos por Roland no reflejan este lado de la situación.

El tratamiento de la privatización provoca algunas dudas. El autor aborda los temas de las restricciones políticas de la privatización, su reversibilidad, las ventajas de la política que facilita la adquisición de los activos por los empleados o por el público en general. Todos estos problemas son interesantes solo después de resolver una cuestión fundamental: ¿Por qué la privatización? ¿La propiedad privada es indispensable para el mercado? ¿Es más eficiente que la estatal? El autor evita estas preguntas cómodamente asumiendo que la teoría ya ha decidido todo. Esto no es tan cierto, como lo muestra Buchanan (2001). Mi experiencia personal como víctima del proceso de privatización rusa muestra que la privatización no es un problema político. Pero la forma de privatización es definitiva para la futura distribución inicial de la propiedad que surge como resultado de la privatización. Como bien sabemos, en condiciones de los costos de transacción positivos, la distribución inicial de la propiedad no es indiferente para la eficiencia (Fólder, 2001).

La segunda parte del libro termina con temas menos polémicos, como por ejemplo las fuentes de la caída de la producción como consecuencia de la reforma. Aquí el autor se aproxima a los costos de transacción, introduciendo el costo de la búsqueda de las contrapartes en una transacción como una variable del modelo. En los temas del crimen y la imposición de la ley la discusión es interesante.

La tercera parte del libro trata los problemas de incentivos en las empresas socialistas, la suave res-

tricción presupuestal típica del socialismo, los diferentes modelos de la privatización y sus ventajas.

El libro es denso, lleno de modelos matemáticos, lo que constituye una de sus fortalezas. Está firmemente arraigado en la tradición clásica. Las teorías estándar de los institucionalistas—los costos de transacción, la agencia, el contrato, la propiedad—no se utilizan para el análisis. Tal vez por eso las soluciones de los modelos no producen resultados constructivos y no despiertan polémica ni amplían nuestra comprensión de la reforma. La modelación matemática a veces parece ser un objetivo en sí. Uno se acuerda de la frase de Coase quien decía que la formalización matemática puede ocultar algún defecto, como la trivialidad o la debilidad teórica del planteamiento. Los modelos parecen bien diseñados, pero son mal explicados y están acompañados de una notación confusa. Las hipótesis no se formulan con precisión y no siempre está claro lo que se pretende demostrar con un modelo. Su carácter es demasiado abstracto, sus supuestos, rígidos. La aplicación de estos modelos en los cursos va a exigir esfuerzos adicionales por parte de los profesores. El enfoque del libro en general es ecléctico. La selección de temas no obedece a ningún planteamiento sistemático, no ofrece el tratamiento exhaustivo de los tópicos seleccionados, los cuales no cubren toda la problemática de la transición.

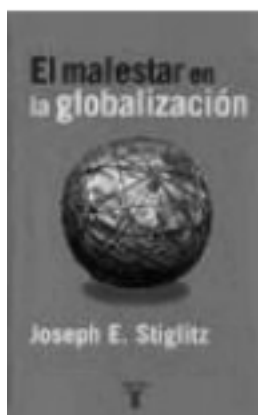
La parte final del libro está dedicada a discutir dos enfoques del tema de la transición: el del Consenso de Washington que promovía la trinidad liberalización, estabilización y privatización, y la corriente evolutiva e institucional que hace énfasis en el gradualismo, los incentivos correctos y el ajuste paulatino basado en el aprendizaje. Roland termina expre-

sando su simpatía hacia el enfoque institucionalista (pp. 339-44). Es un amor platónico porque el mismo Roland no lo aplica en sus modelos. Queda abierto el camino a la conceptualización y a la modelación de la transición desde la óptica institucionalista.

Bibliografía

- Braguinsky, S., and G. Yavlinsky (2000). *Incentives and institutions. The transition to a market economy in Russia*. Princeton: Princeton U. Press.
- Buchanan, J., and Y. Yoon (2001). Majoritarian management of the commons, *Economic Inquiry*, vol. 39(3), July 2001, pp. 396-405.
- Felder, J. (2001). Coase theorems 1-2-3, *The American Economist*, v. 45(1), Spring 2001, pp. 54-61.
- Mau, V., and E. Phelps (1992). Prospects for Russia's economic reforms. *Brookings Papers on Economic Activity*, vol. 1992(2), pp. 226-283.

Yuri Gorbaneff
Departamento de Administración
Pontificia Universidad Javeriana.
E-mail: yurigor@javeriana.edu.co



El malestar en la globalización

Joseph E. Stiglitz, traducción de Carlos Rodríguez, Madrid, Taurus, Braun, 2002, 314 páginas.

El proceso de globalización emprendido en forma sistemática a partir de 1990 tuvo como objetivo aumentar

el bienestar de la población mundial. Instituciones como el Fondo Monetario Internacional (FMI), Banco Mundial y la Organización Mundial de Comercio fueron las encargadas de liderar la tarea. Sin embargo, después de doce años, el fracaso es indiscutible. El último informe de la Comisión Económica para América Latina (Cepal), divulgado por el secretario general José Antonio Ocampo, señaló que en el año 2001, 214 millones de personas, es decir, el 43 por ciento de la población latinoamericana, vive en la pobreza, y de éstas, 92.9 millones (18.6 por ciento), en la indigencia.

Así, el Premio Nobel de Economía en el 2001, Joseph Stiglitz, analiza en su libro las políticas macroeconómicas emprendidas con mayor rigor por el FMI en la década del 90 con el interés de contribuir al crecimiento de algunos países en desarrollo. No obstante, el autor denuncia las fallas en que una y otra vez el FMI ha incurrido, por causa de su fundamentalismo económico.

El valor de la acusación está en que Stiglitz conoce detalladamente la forma de proceder del gobierno americano y de las organizaciones financieras multilaterales. Después de años de investigación y ejercicio docente en distintas universidades norteamericanas, fue elegido en 1993 director del Consejo Asesor del Presidente Clinton. Luego, en 1997 pasó al Banco Mundial, donde fue economista jefe y vicepresidente senior durante casi tres años, hasta enero de 2000. Por lo tanto, y como él mismo lo expresa, fue testigo de excepción en un período colmado de perturbaciones económicas para el mundo, que empezó con su estadía en la Casa Blanca, cuando Rusia inició la transición del comunismo al capitalismo, y terminó cuando fue vicepresidente del Banco Mundial durante la crisis finan-

ciera que explotó en el Este asiático en 1997.

Antes de su llegada a la Casa Blanca, Stiglitz había dedicado su trabajo e investigación a temas teóricos y prácticos. Así, él contribuyó al desarrollo de la economía matemática abstracta, con los resultados alcanzados en lo que hoy se conoce como la economía de la información. Además, trabajó en temas más aplicados como el desarrollo, la economía del sector público y la política monetaria. Durante veinticinco años Stiglitz ha escrito sobre temas como quiebras, apertura y acceso a la información. También ha jugado un papel importante en la defensa de una transición gradual de las economías comunistas hacia el libre mercado, recriminando las llamadas "terapias de choque".

La sensibilidad de este economista del primer mundo, poco usual en la mayoría, está relacionada con su experiencia como docente en Kenia (1969-1971). "Parte de mi labor teórica más relevante fue inspirada por lo que allí vi. Sabía que los desafíos de Kenia eran arduos pero confiaba en que sería posible hacer algo para mejorar las vidas de los miles de millones de personas que, como los keniatas, viven en la extrema pobreza" (Cepal, 13).

A pesar de toda su experiencia académica, Stiglitz concluye que ésta no le sirvió de mucho para afrontar los problemas con los cuales se encontró cuando llegó a Washington. El sesgo ideológico y político del Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial y la Organización Mundial del Comercio, los desviaba de su misión por mantener un equilibrio económico en el mundo.

El tema central del libro es un cuestionamiento al papel jugado por estas instituciones económicas en el proceso de globalización, las cuales en lugar de favorecer el crecimiento y